

PREGON

SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO

1992



PREGON DE
SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO
1992

—Paloma Gómez Borrero—

PROCLAMA

Por la misericordia de Nuestro Señor Jesucristo

Hago saber:

Que a las ocho y media de la tarde de hoy dos de abril, día del serenísimo San Antonio de Paula, del año de gracia de mil novecientos noventa y dos, ante la excelsa imagen de la Piedad, por orden de esta VARA MAYOR, en presencia de autoridades, mayordomos, hermandades, cofradías penitenciales y pueblo fiel congregados en la Iglesia de Santo Domingo, pronunciará el Pregón de nuestra Semana Mayor doña Paloma Gómez Borrero, licenciada en periodismo, escritora y corresponsal de diversos medios de comunicación en El Vaticano.

Que la voz pública, en lengua cervantina lo airee y pregone por rúas, solanas y corrillos a toque de pardal y redoble de tapetanes.

Así lo mando y que así se cumpla.

El Presidente de la Junta de Semana Santa

FERNANDO DEL OLMO GONZALEZ

Presentación

Con licencia del Rvdo. señor Párroco de Santa María y Santiago don Gabriel Pellitero Fernández.

Ilustrísimo señor alcalde de la Ciudad de los Almirantes, consejeros del común, autoridades, cofradías, gremios y hermandades de penitencia y pasión, hermanos mayores, mujeres y hombres del solar, amigos todos.

Como el rocío de una esplendorosa mañana que anuncia el día primaveral, así nosotros incorporamos un nuevo eslabón en la andadura de nuestra Semana Santa al prestarnos al inicio de las celebraciones penitenciales que afectan a nuestro pueblo de forma singular.

Pero no debe ser nuestra inquietud la Semana de la Pasión del Señor. Si nos esforzamos en estos días con sentimiento de respeto y de amor buscando la luz de la verdad, sentiremos la esperanza y el bien en el regazo de esta imagen nuestra, la Piedad de Rodrigo de León, cuya faz entristecida, pero inundada de serenidad, que condensa el amor, la comprensión y la confianza hacia todos nosotros sus queridos hijos de Medina de Rioseco, porque en esos ojos llenos de naturaleza, buscamos ansiosamente la alegría de la Resurrección, para poderla decir como un grito bíblico: ¡Siempre somos tus hijos!

Como cristianos buscamos al Cristo vivo, aunque no logremos eliminar la inevitable angustia del misterio, pero podremos exclamar ¡la Pascua es una maravillosa realidad que hay que recordar!

Y aquí la vivimos con la contemplación de esta hermosa imagen, realidad del sufrimiento materno, pero al alcance de una nueva vida.

Con la itinerante escena pasional, ante nuestras queridísimas tallas queda plasmado el gran escenario de plazoletas y calles de la Ciudad de las Iglesias, porque hasta lo material adquiere tonalidades distintas; ¡viejas y evocadoras rúas! ¿por qué os quiero tanto?.

Y todos nosotros, iniciemos la tarea con rigor, seamos cofrades en los desfiles procesionales y en el discurrir de la vida y con nuestra meritoria virtud demostremos la grandeza de esta Ciudad, que dio siempre unitario y fervoroso aliento al servicio de Dios con tan tenaz y perseverante lealtad al mandamiento de sus raíces.

Ahora escuchemos el Pregón en el marco de la acreditada cátedra río-secana, tan singular, y percibamos atentos al verbo de la Ill.^a señora doña Paloma Gómez Borrero, cuya trayectoria humanística es obvio mencionar.

¿Quién no ha contemplado a Paloma en sus intervenciones televisivas? ¿Quién no ha escuchado sus crónicas radiofónicas? ¿Qué misterio insoldable, qué virtud rodea a esta señora ante una acreditación en el Vaticano y una reverente y discretísima amistad con Su Santidad.

Doña Paloma, reciba Vd. el testimonio y agradecimiento de esta Ciudad, porque estamos abrumados al considerar las molestias y sacrificios que la ha supuesto hacer un alto en su camino.

Los hombres y las mujeres de estas planicies, que día a día están en continua lucha con el suelo, desean que vuestras palabras penetran en sus corazones, fortalezcan el espíritu, para dar en guardia y en vigilia, cumplida escolta a sus Cristos y a sus Vírgenes dolientes, en la austeridad de una Semana Santa que deseamos celebrar.

Que presida el silencio, señora, para que podamos escuchar su parlamento en la noble lengua de Cervantes.

FERNANDO DEL OLMO GONZÁLEZ
Presidente de la Junta de Semana Santa

PREGON DE SEMANA SANTA MEDINA DE RIOSECO - 1992

Vara Mayor, Presidente de la Junta de Castilla y León; Señor Cura Párroco de Santa María y Santiago.

Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades. Insignias y Mayordomos de las Cofradías Penitenciales en Corporaciones... Señoras y Señores de la Villa de los Almirantes, de la Muy Excelsa Medina de Rioseco.

He venido de Roma para estar hoy con vosotros y ante todo quiero expresaros mi agradecimiento por haberme elegido pregonera de vuestra Semana Santa. Me llena de orgullo y de admiración porque la Semana Santa de esta Tierra de Campos forjada en sobriedad y grandeza, une al peso de la historia, la belleza insuperable de unos Pasos de renombre universal. Cofradías y Hermandades que desfilan lenta y majestuosamente por las calles angostas por donde caminaron Alonso Enríquez, Primer Almirante de Castilla, Don Fabrique, Don Hernando..., Don Luis..., personajes que han escrito páginas de Historia patria.

Me siento feliz y orgullosa pero también siento el peso de la responsabilidad. Tentada estuve en un principio de decir que no, convencida de no ser capaz de reflejar la realidad, y de ofreceros frases dignas de cantar como se merece la majestuosa solemnidad de vuestra Semana

Santa que ha superado las fronteras de Castilla para entrar en las del mundo católico.

Pido pues la venia para comenzar el pregón, a la vez que suplico de Vuestras Mercedes, indulgencia por mi osadía.

La Semana Santa de Medina de Rioseco, ciudad señera y señorial, curtida en guerras y maestra de paz, con un valle bordeado de los alcores de Monclín y Val de Escopez, para otear el futuro. La tierra donde se crió Doña Juana Enríquez, tan cercana a la Reina Católica; conocida en Roma incluso por su amor a la Eucaristía, como “La loca del Sacramento”... Medina de Rioseco bien enraizada en hondos surcos de la historia, tiene recuerdos lejanos en sintonía perfecta con la Iglesia primitiva en Roma.

Y es por ello, por lo que viniendo de la Ciudad Eterna, creo que debo deciros algo de esa lejana Semana Santa que tiene resonancias y acentos de la más cercana actualidad. Esa Ciudad de las Siete Colinas, que el Domingo de Ramos, en la plaza de San Pedro -que se abre en un inmenso abrazo- congrega a miles de jóvenes que izan palmas y ramos de olivo como banderas de paz, de vida nueva. Con la ilusión de un mundo mejor...

Podría hablaros de la concelebración del papa en el Basílica vaticana con cuatro, cinco mil sacerdotes, o de la evocación litúrgica de la Última Cena en la Basílica de San Juan de Letrán “madre y cabeza de todas las Iglesias del Urbe y del Orbe”... pero prefiero hablar de vuestra Semana Santa, entretejiéndola con la Semana Santa romana. Rememorar la pasión de Cristo a través de vuestros impresionantes Pasos. Revivirla en toda su tragedia y en todo su amor. Como la rememora el papa la noche del Viernes Santo, cuando la luz de las antorchas ilumina el grandioso escenario de los Césares y el Santo Padre, en el Coliseo -testimonio de sangre cristiana- peregrina las 14 estaciones del Vía Crucis. La Semana Santa de Jerusalén tenía que repetirse en Roma, cabeza de la cristiandad y se repitió con realismo singular cuando

Pedro, aquel pescador noble y sencillo, aquel hombre débil y generoso, le aseguraba a Jesús camino de la agonía, con un convencimiento pueblerino entusiasmante: “Aunque se escandalicen de ti, yo Señor jamás me escandalizaré; aunque tenga que morir contigo no te negaré...” Ciertamente le negará pero también es cierto que el Señor le robustecerá su debilidad regada con lágrimas y le hará llegar hasta Roma para que sea su testigo, su mártir, su Vicario. Y así pudo contemplar la renovación de la primera Semana Santa de Jerusalén cuando Pedro fue clavado en la cruz. Cuentan que el apóstol suplicó a los verdugos que le crucificaran cabeza abajo porque no era digno de morir como Cristo... ¡La cabeza abajo y el corazón en el cielo!...

Corría el año 67 de nuestra era cuando en la colina vaticana se abrió la Semana Santa romana. Desde entonces hasta nuestros días nunca ha faltado una víctima en cruz junto a la tumba de Pedro. El papa Pablo VI fue una de ellas; al final de su pontificado ni podía con la cruz del Vía Crucis; era un manojito de dolores y en el Coliseo, al igual que Cristo, necesitaba la ayuda de un Cirineo. Una cruz que ha llevado también Juan Pablo II cuando el 13 de mayo de 1981, el terrorista turco Mejhemed Alí Agca, le disparó tres tiros en la plaza de San Pedro.

Era una tarde espléndida de mayo. Era miércoles, día de audiencia general y la plaza era un hervidero de gente; había sobre todo muchísimos niños de las escuelas romanas; algunos con globos multicolores en la mano... De repente cortaron el aire tres disparos; tres golpes secos que en un principio creímos eran estallidos de globos. Un engaño que duró pocos instantes; desde la atalaya de transmisión de Radio Vaticano, una voz con tono dramático comunicó “que el terrorismo había entrado en la Ciudad del Vaticano; que habían disparado al Papa”... La muchedumbre fue sacudida por el pánico. El caos se hizo total. La noticia corrió por la ciudad y por el mundo entero como la pólvora. Dolor, ira, consternación, toda la capacidad de asombro de la ciudad se volcó en la plaza de San Pedro y, en las cinco partes del mundo, las Iglesias, las capillas, los templos permanecieron abiertos toda la noche,

recogiendo las oraciones para suplicar al Señor que el Santo Padre no muriera. Para pedir a la Virgen María que hiciera el milagro de salvarle la vida. Los periodistas al dar la noticia en la sala de prensa vaticana tratábamos de que las lágrimas no nos empañaran los ojos ni el llanto ahogara la voz.

Dos mil años después del martirio de Pedro, la violencia y el odio habían encontrado una nueva víctima. Sólo que en lugar de la cruz esta época nuestra, echa mano de las armas.

Cuatro días más tarde, en la plaza de San Pedro, a mediodía, volvió a oírse la voz de Juan Pablo II. Era debilísima pero muy clara... “Os agradezco con emoción vuestras ORACIONES Y OS BENDIGO A TODOS. REZO POR EL HERMANO QUE ME HA HERIDO Y A QUIEN SINCERAMENTE HE PERDONADO. UNIDO A CRISTO, SACERDOTE Y VICTIMA, OFREZCO MIS SUFRIMIENTOS POR LA IGLESIA Y POR EL MUNDO, Y A TI, MARIA, QUIERO REPETIRTE QUE SOY TODO TUYO”...

Fue el Angellus que trajo a la memoria el Gólgota... ¡El Calvario!. Jesús clavado en la vergüenza del patíbulo que pronuncia esas palabras de amor sereno y fuerte: “PADRE, PERDONALOS, QUE NO SABEN LO QUE HACEN”...

Angustia y lágrimas... Sudor de sangre que se trasluce en el Paso de la Hermandad que abre vuestra Semana Santa. Asoma la rama del árbol del Huerto de Getsemaní por la puerta de Santiago con ese balanceo a penas perceptible. Con habilidad que raya en lo milagroso y nos parece revivir la noche eterna de Jesús en el Huerto de los Olivos... “Padre, -gime a solas postrado en tierra- si es posible aleja de mi este cáliz tan amargo...” Y Medina de Rioseco se convierte en Jerusalén. Por sus rúas porticadas, por el Arco de Ajújar, por las puertas amuralladas de las Nieves, de San Sebastián, la Puerta del Incréduo, bajo la sombra de esas torres que al contemplarlas entran deseos de rogar “Dime donde está el nido de tu silencio que quiero llenar de canciones mi corazón”. Van

saliendo las Hermandades de los templos magníficos como catedrales... Portados con precisión matemática por cofrades de hombros recios y corazón fuerte en continuidad admirable. Pasos que son plegaria y meditación: El Cristo de los Afligidos, La Antigua Hermandad de Jesús Nazareno de Santa Cruz, La Flagelación, La humillación de Cristo atado en la columna para que le azoten.

“La Flagelación”, que sella la injusta sentencia de Pilatos; la sentencia de un hombre se inscribe en el misterio del sacrificio del Cordero de Dios. Poncio Pilatos ha dudado en emitir la condena de muerte contra el Nazareno. No le convencen las acusaciones y le castiga a la pena de los azotes, pensando ponerle después en libertad. Con la corona de espinas incrustada en la frente, el gobernador romano lo muestra a la multitud enardecida. Cree que al verle suscitará clemencia. Como levanta piedad vuestro paso del “ECCE Homo” que deja la Iglesia de Santa Cruz; vuestro “Jesús atado a la columna” (el Hecceómico) al que Gregorio Fernández ha plasmado serenidad en el infinito dolor...

ECCE Homo.. “He aquí el Hombre”... Poncio Pilatos no encuentra otras palabras para presentar a Jesús ante el pueblo. Dos palabras preñadas de significado. Ahí tenéis al hombre. Al que lleva a todos con la fuerza de su amor; al que abarca y abraza a todos. Ahí tenéis al hombre. Al que sufre. Al oprimido y al humillado. Al que le han robado sus derechos y su dignidad. Al que pide limosna y al que le da vergüenza pedir. Al hambriento de paz y de justicia; al que le han ajado las ilusiones y da bandazos sin esperanza. Al que oculta una tragedia tras una sonrisa. Al fracasado, al que no tiene trabajo o no tiene voz.

El calvario de Cristo empieza con la cruz a cuestas para coserle al madero. Cada vez Jesús camina más lento y más torpe; los soldados comprenden que no podrá seguir y obligan a Simone de Cirene a ayudarlo a cargar con la cruz. Es, junto con la Verónica, la nota de consuelo en el camino de la agonía que evoca con rara belleza la Hermandad de Jesús Nazareno de Santa Cruz.

Pero el sufrimiento más grande para Jesús será ver el dolor de su Madre. Ese instante en el que con inmenso amor Nuestra Señora de los Dolores, con el corazón traspasado por siete cuchillos afilados como espadas, se encuentra con la mirada del Hijo y cada corazón vierte en el otro su propio sufrimiento. “Dolorosa” anegada en amargura, broche de vuestro Jueves Santo. ¡La Dolorosa más bella del mundo en su inconmensurable soledad!

¡Cristo de los Afligidos! Nazareno de Santiago. Cristo de la Clemencia... Cristo de la Pasión... Cristo de la Paz... Longinos; El Expolio... María Magdalena, Juan, el discípulo fiel... Páginas todas del Evangelio, cargadas de tragedia al mismo tiempo que de amor y que van acercándonos a esa muerte de Jesús que sus enemigos deseaban y los suyos temían...

La Cruz. El Descendimiento. Muerte y Desolación. Del patíbulo bajan el cuerpo sin vida de Cristo para dejarlo en brazos de su Madre. María vuelve a tener a su Hijo en el regazo; como cuando le acunaba en el establo de Belén o le estrechaba contra su pecho camino de Egipto. Vuelve a tenerlo entre sus brazos, pero ¡qué diferencia! Ahora María es la imagen viva de la Piedad. Dejará que se lo quiten sólo para envolverle en una sábana -paloma de paz hecha lino- y enterrarle en el Santo Sepulcro.

Cristo ha muerto por nosotros pero también ha resucitado para darnos la Vida. Y Medina de Rioseco, relicario de belleza; tesoro de Castilla; la ciudad de los barro de Juan de Juni, del maestro Gregorio Fernández, ha sabido plasmar magistralmente en cada uno de sus Pasos, en cada imagen, Muerte y Vida. Pasión y Resurrección... Y el Domingo de Pascua hacéis que vuestra fe se vuelque en esperanza y júbilo. La Soledad de María se convierte, con la Resurrección de su Hijo, en la Virgen de la Alegría. La Tierra de Campos, donde hasta los rastros parecen pentagramas esperando la sinfonía de nuevas cosechas, la ciudad de las torres que se ponen de puntillas para asomarse al cielo, se

engalana. Resuenan clarines y tambores y por doquier se celebra la victoria de Cristo sobre la muerte... Las campanas se vuelcan en arrullos de palomas enamoradas. Como en la Ciudad Eterna, que se echan al vuelo las campanas de las 365 Iglesias, una por cada día del año, junto con las seis imponentes de la Basílica de San Pedro. La Banda de los carabinieri y los Guardias suizos interpretan el himno pontificio mientras una representación de soldados del Ejército italiano rinde homenaje al Pontífice. La Cúpula de Miguel Angel, bajo el sol y la luz del medio día disputa al cielo y al horizonte de Roma la atención de la mirada. La mañana del Domingo de Pascua, “el cupolone” se ofrece al mundo entero como un paréntesis entre el azul y la tierra; destaca su sinfonía arquitectónica sobre una plaza abarrotada de fieles, sobre un atrio que es un jardín de flores multicolores. ¡Les aseguro que cada vez que el Papa anuncia, a los cinco continentes la paz y la fraternidad en nombre de Cristo que ha vencido a la muerte y desde la Logia central de la Basílica imparte la Bendición Urbi et Orbe, me recorre un escalofrío de emoción!...

Y pongo punto final a mi pregón. Señores de Medina de Rioseco, -la de los campos dorados y ocres, la de las piedras de música callada y soledades sonoras- gracias por haberme invitado a pregonar vuestra Semana más bella y más santa. Por haberme traído a la Vieja Castilla, la de hidalgos y almirantes; donde resplandece la Capilla Sixtina del arte castellano. Os doy las gracias por haber hecho posible conocerlos. Pero antes quiero pedirlos, suplicaros, que no perdáis ese tesoro que tenéis. Que mantengáis apasionadamente vuestras tradiciones, porque es necesario que los niños de hoy -hombres del mañana- tengan esa fuente gozosa en que beber. Porque yo sé hoy muy bien hasta que punto es cierta esa frase de Dostoyewski: “El hombre que acumula muchos recuerdos en su infancia, está salvado para siempre”.

Debo deciros adiós.. No, adiós no; adiós es una palabra triste, prefiero dejaros con un “Hasta muy pronto” y con un “Arrivederci en

Roma". Os aseguro, eso sí, que en Medina de Rioseco, en el feudo que fue de los Enríquez, villa de almirantes, anclada en la llanura, besada por el cierzo y acariciada por el hilo de plata del Sequillo, pongo de rodillas, mi corazón.

Una vez dicho el Pregón, queridos amigos de Medina de Rioseco, quiero obsequiaros con algo muy especial.

Algo que merece la pena oír y conservar.

Es el saludo que Su Santidad El Papa, Juan Pablo II, hace para vosotros. Escuchadle:

“Su Santidad Juan Pablo II saluda con particular afecto a la Junta Mayor de Cofradías así como a los cofrades y a los habitantes de Medina de Rioseco, con ocasión de la Semana Santa, y les alienta a ser siempre testigos de los genuinos valores evangélicos en la sociedad española, renovando su compromiso cristiano como constructores de paz, fraternidad y armonía.

Al mismo tiempo, invita a todos los presentes a una participación plena, consciente y activa (Sacrosanctum Concilium, XIV) en el sagrado Triduo Pascual, culmen del Año Litúrgico y actualización eficaz de la Pasión, Muerte y Resurrección del Señor Jesús. Asimismo, el Santo Padre exhorta a todos los cristianos de Medina de Rioseco a prolongar las vivencias de la Semana Santa en una cotidiana y creciente formación en la Fe, una más intensa inserción en la vida litúrgica y caritativa de la Iglesia, que se traduzca en un ilusionado dinamismo apostólico.

Caja España

